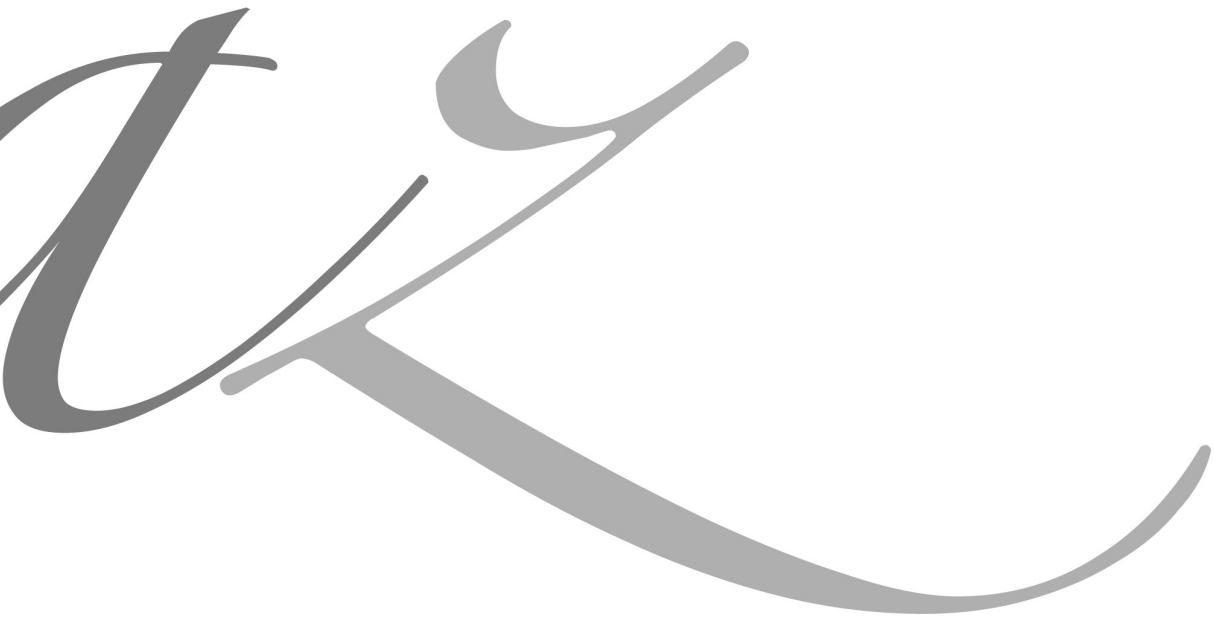


El impacto del conflicto de Gaza en la región

Rosa Meneses

Periodista de El Mundo especializada en Oriente Medio y el Magreb



En su obra *100 mitos sobre Oriente Próximo*, el profesor Fred Halliday desmontaba la creencia extendida de que la crisis del Mundo Árabe deriva del impacto negativo que ha tenido el conflicto con Israel en los procesos de cambio social y de democratización. Aunque es “indiscutible que el conflicto entre Palestina e Israel ha servido para reafirmar el autoritarismo de los estados vecinos: Egipto, Jordania, Líbano y Siria”, escribía, este enfrentamiento “es una explicación parcial y, a menudo, poco más que un pretexto para la persistencia de los gobiernos autoritarios en los Estados árabes” (Halliday, 2006). Y concluía que “en cualquier caso, los regímenes árabes siempre han tratado de utilizar la ‘prioridad urgente’ del conflicto con Israel para acallar la crítica dirigida a los aspectos más represivos y antidemocráticos de sus gobiernos”.

La guerra que estalló el 7 de octubre de 2023 con el ataque terrorista de milicianos del grupo islamista palestino Hamas a Israel y la fulminante ofensiva del ejército israelí contra la Franja de Gaza vuelve a presentar un pretexto como oportunidad de reafirmación autoritaria para los países de la región. De Egipto a Siria, de Irán al Golfo, el conflicto palestino-israelí vuelve ser utilizado como “prioridad urgente” para reforzar la represión de los gobiernos y enrocarse en el poder. Al tiempo que supone un problema real de escalada violenta regional con consecuencias imprevisibles. En el momento en que se escribe este texto (abril de 2024), la guerra en Gaza continúa y con ella siguen evolucionando sus consecuencias en Oriente Próximo, por lo que los análisis también se encuentran en proceso de transformación según los nuevos acontecimientos que se vayan sucediendo.

De Egipto a Siria, de Irán al Golfo, el conflicto palestino-israelí vuelve a ser utilizado como “prioridad urgente” para reforzar la represión de los gobiernos y enrocarse en el poder

Devastación y contagio

La ofensiva militar israelí contra Gaza ha provocado como consecuencia la peor catástrofe humanitaria que ha sufrido una pequeña banda de territorio de la dimensión de la Franja (de apenas 365 kilómetros cuadrados densamente poblados) en lo que llevamos de siglo, por el nivel de muerte y devastación causado y su rápido deterioro en el tiempo. Un dato publicado por la Agencia de la ONU para los Refugiados Palestinos (UNRWA) lo certifica: en los primeros cuatro meses de conflicto murieron más niños y niñas palestinos que en los últimos cuatro años de guerras a nivel mundial (Lazzarini, 2024). Cuando se cumplían seis meses de confrontación los muertos palestinos (la inmensa mayoría de ellos, civiles) superaban los 33.000, a los que había que sumar las más de 8.000 personas desaparecidas (en su mayor parte, muertas bajo los escombros de los edificios bombardeados) y las más de 76.000 heridas. De los 2,3 millones de palestinos residentes en la Franja de Gaza, el 75% habían perdido sus hogares y medios de vida.

A este alto grado de destrucción se une el efecto contagio del conflicto, con un potencial devastador que ya ha sido probado en la historia reciente. La violencia ha extendido sus tentáculos al Líbano, Siria, Irak y Yemen, países con una importante presencia de milicias armadas aliadas de Irán que han protagonizado enfrentamientos con el ejército israelí y que han sido objeto de ataques de éste y de las fuerzas de Estados Unidos. Irán –cómodo en un principio a la sombra de sus *proxies*– también acabó viéndose afectado directamente, cuando se traspasaron los seis meses de guerra. Jordania y Egipto –primeros países árabes firmantes de sendos tratados de paz con Israel– miran con preocupación un conflicto a las puertas de su geografía. Los Estados adheridos a los Acuerdos de Abraham promocionados en

2020 por el presidente de EEUU Donald Trump –Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Sudán y Marruecos– permanecen expectantes ante el evidente fracaso de la iniciativa que plantea la guerra en Gaza.

El sucesor de Trump en la Casa Blanca, Joe Biden, continuó con la política de normalización de relaciones de los países árabes con Israel pese a que esto significaba dejar de lado la resolución de la cuestión palestina. Tras muchas negociaciones, el demócrata esperaba sumar a la coalición de Abraham una ambiciosa pieza: Arabia Saudí. Pero el estallido de la guerra de Gaza ha hecho que este proceso de adhesión se mantenga congelado por ahora. Si no se hubiera frustrado, un acuerdo con Arabia Saudí habría alineado con Israel al Estado árabe hoy por hoy más pujante, debilitando aún más a los palestinos y disminuyendo aún más la perspectiva de que alcanzasen cualquiera de sus objetivos nacionales (Khalidi, 2024). En un momento en que la diplomacia saudí volvía a brillar en el exterior tras años de ostracismo por el asesinato del periodista crítico Jamal Khashoggi en 2018, el 7 de octubre devolvió a Riad a una política de perfil duro en el conflicto palestino-israelí. El *reino del desierto* interrumpió las negociaciones con Israel y condicionó una normalización al reconocimiento de un Estado palestino, volviendo a su cacareado plan presentado en la Cumbre Árabe del año 2000. Está por ver si los Acuerdos de Abraham consiguen sobrevivir al seísmo regional de la guerra en Gaza. Por ahora, en la diplomacia regional destaca un rival de Arabia Saudí, Qatar, que ha emergido de su ostracismo para llevar a cabo una iniciativa mediadora junto con Egipto, dadas sus buenas relaciones con Estados Unidos, Israel y Hamas. El Estado qatari, como consecuencia, ha propulsado su diplomacia y ha recuperado su capacidad como *poder blando* debilitado por el bloqueo que le impuso Arabia Saudí entre 2017 y 2021.

Desde una perspectiva regional, la guerra de Gaza ha cambiado el paradigma dominante en el conflicto palestino-israelí desde los Acuerdos de Oslo. Ha provocado que la solución de los dos Estados vuelva al corazón del debate en el seno de la comunidad internacional, ha devuelto al epicentro del problema la cuestión de los refugiados y otros asuntos pendientes durante décadas y ha puesto en cuestión el papel de los actores políticos principales hasta entonces y atraído otros nuevos. Si bien los pactos trenzados por Trump intentaron hacer precisamente esto, cambiar esas reglas dominantes, enterrar la cuestión palestina y circundarla con acuerdos básicamente comerciales, no han sido tan determinantes para forjar una nueva realidad como sí lo ha sido este nuevo estallido de violencia entre Israel y los palestinos, en un nuevo episodio de lo que viene aconteciendo a los ojos del mundo al menos claramente desde 1917: una guerra del movimiento sionista, apoyado por las potencias mundiales, en varios ciclos contra la población indígena de Palestina para desposeer-

la y reemplazarla por un Estado nacional judío (Khalidi, 2022). Este marco explica tanto los acontecimientos históricos a través de este siglo largo como la brutalidad de la que la comunidad internacional está siendo testigo –casi impasible– a raíz del 7 de octubre.

Irán y el fin de la “paciencia estratégica”

El gran punto de inflexión en el conflicto regional se produjo el 1 de abril de 2024, cuando un ataque atribuido a Israel destruyó el consulado de Irán en Damasco, rompiendo con una regla de la legislación internacional

El gran punto de inflexión en el conflicto regional se produjo el 1 de abril de 2024, cuando un ataque atribuido a Israel –Estado que nunca confirma ni desmiente sus operaciones en el exterior– destruyó el consulado de Irán en Damasco y asesinó a siete altos cargos de la Guardia Revolucionaria iraní, además de un mando del grupo libanés Hizbulá y cuatro ciudadanos sirios que no fueron identificados. Entre los muertos se encontraba el que probablemente era el objetivo principal de los misiles israelíes, el general de brigada Mohamad Reza Zahedi, quien fuera líder de la Fuerza Al Quds (unidad de élite de la Guardia Revolucionaria) en Líbano y Siria y ejercía un destacado papel en las relaciones entre Teherán y Damasco. El bombardeo rompió con una regla de la legislación internacional, consignada en la Convención de Viena de 1961, que define las misiones diplomáticas como inviolables. Irán lo consideró una agresión directa, por cuanto las legaciones de un país en el exterior se consideran territorio nacional, e invocó su “derecho legítimo a la defensa” (tal y como Israel suele reclamar el suyo, aunque con reacciones totalmente dispares de la comunidad internacional). Además, el ataque en Damasco mostró un flanco débil de la Guardia Revolucionaria ante la Inteligencia israelí, que antes de esta acción ya había asesinado hasta a 18 de sus miembros en Siria. En un momento tan crítico para la región, que los F16 israelíes lanzaran sus misiles a plena luz del día en un Estado enemigo sin que las baterías antiaéreas sirias fueran capaces de reaccionar era la traducción del dominio de la Inteligencia israelí en este frente. La tensión se disparó a límites máximos. Irán advirtió de que llevaría a cabo las acciones “adecuadas” para responder a tal ataque. Cuando Irán llevaba meses eludiendo la guerra directa, pero instigando a sus aliados contra Israel, ahora se veía obligado a tomar la iniciativa para no mostrarse frágil ante sus socios regionales y ante la mirada de los países árabes vecinos y, en especial, Arabia Saudí, potencia con la que rivaliza por la hegemonía política de Oriente Próximo.

La respuesta se haría esperar varios días y llegaría finalmente el 13 de abril, cuando la República Islámica lanzó varios centenares de drones y misiles contra el espacio aéreo israelí. El 99% de ellos fueron interceptados por Israel y sus aliados y los daños fueron mínimos. Esa fue precisamente la intención. Irán lo calificó de “respuesta limi-

tada, calculada y muy bien calibrada”. No obstante, esta acción supuso una ruptura en las reglas de confrontación entre ambos países, que durante décadas habían mantenido una guerra en la sombra. Teherán abandonaba así esa confrontación opaca a través de sus *proxies* en la región y tomaba en sus manos la iniciativa defensiva (Meneses, 2024). Así lo avisó y explicó en los días posteriores, cuando se multiplicaron las declaraciones de sus altas instancias para concretar que los tiempos de la “paciencia estratégica” dejaban paso a una nueva doctrina de “defensa directa en múltiples planos”.

Este giro estratégico supone abrir la veda a la respuesta directa en caso de un ataque a sus nacionales o a sus intereses. Significa que el contexto de la guerra de Gaza ha provocado un cambio de paradigma en materia de seguridad que abre una etapa con nuevas reglas de confrontación en la región. La “paciencia estratégica” fue establecida por el ayatolá Ali Jamenei tras la guerra con Irak y consistía en invertir y entrenar a milicias afines en la región que dieran la cara por el régimen iraní ante su archienemigo, lo que suponía un enfrentamiento indirecto con Israel. Así fue como la Guardia Revolucionaria invirtió y entrenó a milicias como la libanesa Hizbulá, fortaleció los vínculos con Hamas en Gaza, ganó influencia en Irak a través de grupos armados chiíes que aprovecharon el ascenso de esta comunidad tras la caída de Sadam Husein e intervino en la guerra de Yemen a favor de los rebeldes huzíes.

Esto no significa que Irán vaya a dejar de hablar a través de estas milicias, que conforman el autodenominado *Eje de la Resistencia* forjado por Teherán frente a Israel. Pero el tabú de un ataque directo de Irán a Israel se rompió definitivamente el 13 de abril y eso abre nuevas incertidumbres en este plano de enfrentamiento. Israel, que hace años ya declaró a la República Islámica como “amenaza existencial”, represalió la acción del 13 de abril con un ataque contra varios objetivos en territorio iraní: Isfahan y Tabriz. Era un mensaje claro al programa nuclear iraní –Isfahan alberga una de las instalaciones más importantes–, que está en la mira de Israel. A la vez, fue una contra-respuesta controlada para no enfadar ni alejarse demasiado de la advertencia de su aliado Estados Unidos para que no iniciase una escalada que pudiera llevar a una drástica guerra regional a la que Washington se viera arrastrado. No era la primera vez que Israel golpeaba directamente territorio iraní, teatro de operaciones encubiertas, ciberataques, bombardeos con drones, asesinatos selectivos, robo de secretos... Pero el daño ya estaba hecho, porque si no hubiera sido por sus aliados y porque Irán avisó de su acción con antelación a algunos de sus interlocutores en la región, Israel se habría visto en un gran aprieto el 13 de abril con consecuencias imprevistas y devastadoras para todos los actores de la región.

La guerra de Gaza ha provocado un cambio de paradigma en materia de seguridad que abre una etapa con nuevas reglas de confrontación en la región

Ambos países se sienten heridos tras esta cadena de acontecimientos y pueden dar más pasos para restaurar el orgullo perdido. Israel puede verse tentado de reproducir su respuesta a escala y golpear a los *proxies* de Irán. Los enturbantados, por su parte, pueden utilizar el programa nuclear como arma disuasoria después de una etapa de pactos con Occidente en lo que ha sido la máxima representación de esa “paciencia estratégica” ahora abandonada. Con los moderados y reformistas –artífices del Acuerdo Nuclear de 2015– fuera de foco, la esfera de poder de la antigua Persia está ahora dominada por los ultraconservadores, proclives a fortalecer el programa atómico con fines militares –hasta ahora, Irán ha reclamado su derecho a utilizar tecnología nuclear civil–. Esta alternativa puede ser un medio de reacción a largo plazo dentro de una dinámica de escalada modulada (Barnes-Dacey, Bianco, Lovatt, 2024) que le serviría al régimen de los ayatolás para restaurar su capacidad disuasoria por medio de su potencial nuclear, más allá de la dinámica de amenaza por delegación a través de sus franquiciados.

Todo ello ocurre en un momento en que el régimen iraní se encuentra cercado internamente por las oleadas de protestas y por una economía en colapso. La guerra de Gaza y más concretamente el ataque de Damasco y sus respuestas han convenido al Gobierno de Teherán para desviar la atención de los problemas en el frente doméstico. Desde septiembre de 2022, un movimiento contra la obligatoriedad de llevar velo ha tomado las calles en manifestaciones eminentemente femeninas que estallaron a raíz de la muerte de la joven Mahsa Amini bajo arresto policial, tras ser detenida por no llevar esta prenda según marca la ley. Otros sectores de la sociedad, como médicos, abogados, educadores o sindicalistas se han levantado también contra las políticas erráticas y represoras del régimen. Desde entonces, la represión ha ido en aumento, para intentar contrarrestar y acallar a críticos, disidentes y activistas. La cuestión palestina ha sido, una vez más, utilizada como elemento cauterizador del descontento y para aglutinar de nuevo posturas divergentes en torno a eslóganes monotemáticos.

En este contexto se celebraron las elecciones parlamentarias del 1 de marzo, en las que los ultraconservadores salieron reforzados, capitalizando el delicado *momentum* regional. Antes del 7 de octubre, Oriente Próximo experimentaba una serie de movimientos estratégicos que involucraban diferentes actores y acuerdos potenciales. Uno de estos movimientos consistía en la posibilidad de un acuerdo de normalización de relaciones entre Israel y Arabia Saudí, mediado por Estados Unidos, dentro de los mencionados Acuerdos de Abraham. Otro aspecto relevante era la propuesta de establecer el Corredor India-Oriente Próximo-Europa (IMEC, por sus siglas en inglés), presentado durante la cumbre del G20 en Nueva Delhi en septiembre

de 2023. Este proyecto de conectividad tenía como objetivo unir a India, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Arabia Saudí, Jordania e Israel. Estas iniciativas generaban tensiones debido a sus implicaciones contrarias a los intereses hegemónicos de Irán en la región (EIDoh, 2023). Además, parecían obstaculizar el proceso de normalización que Teherán y Riad habían acordado en marzo de 2023, con el propósito de restablecer los lazos diplomáticos tras siete años de desencuentros. Esta alianza suscitaba preocupación en Israel debido a sus posibles repercusiones. En el nuevo paradigma ocasionado por la guerra de Gaza, Irán se alza como el gran beneficiario en tanto que ha podido romper las tendencias de cooperación y trasladar la tensión a sus vecinos árabes, a la vez que atrae sentimientos a lo largo de toda la región y en casa para intentar proyectarse como defensor de los palestinos.

El interés de Irán en intervenir en el conflicto palestino-israelí se remonta a los primeros tiempos de la República Islámica y arrastra un complejo que se ha denominado “el síndrome de Madrid” (Meneses, 2024). Este término hace referencia a la Conferencia de Paz de Madrid convocada por Estados Unidos en 1991, tras la primera Guerra del Golfo. En dicha cumbre, todos los países relevantes fueron invitados a participar, con la excepción de Irán. Esta exclusión contribuyó a la percepción de Irán como una amenaza y un obstáculo para la paz en la región. En respuesta a este aislamiento diplomático, Irán optó por una postura radical y comenzó a consolidar lo que se conoce como el *Eje de la Resistencia*. Uno de los primeros episodios significativos en esta trayectoria fue su apoyo a la guerra desatada por Israel contra el Líbano en 1996, conocida como la operación *Uvas de la Ira*. A partir de entonces, se sucedieron una serie de conflictos con grupos respaldados por Teherán, como Hamas en los años 2000, 2004, 2008 y 2014, así como con Hizbulá en 2006. Estos grupos, considerados entre los más prominentes patrocinados por Irán en la región, han estado involucrados en acciones armadas y han representado una considerable influencia en el desarrollo del conflicto. La exclusión de Irán de la Conferencia de Paz de Madrid marcó un punto de inflexión en su estrategia regional, llevándolo a adoptar una postura más desafiante con el objetivo de reclamar su lugar en la mesa de negociaciones y afirmar su influencia en la política de Oriente Próximo.

Dentro del liderazgo iraní, el Proceso de Oslo, que emergió como resultado de los esfuerzos de resolución del conflicto tras la Conferencia de Paz de Madrid en 1991 y culminó con el establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina, es interpretado como un fracaso. La actual escalada bélica en Gaza se percibe como un intento de imponer un nuevo paradigma, u “orden” regional, después de más de tres décadas de retórica sobre la solución de dos Estados que

nunca ha llegado a materializarse. En este contexto, los gobiernos de los países árabes se han visto compelidos a distanciarse de los esfuerzos de aproximación hacia Israel debido a la presión ejercida por la opinión pública, la cual muestra una marcada oposición a la normalización de las relaciones con Israel. Según una encuesta llevada a cabo al principio del conflicto, el 36% de la opinión pública árabe abogaba por la suspensión o la no materialización de cualquier proceso de normalización con Israel (ACRPS, 2024). En este contexto, Irán encuentra un terreno propicio para su estrategia, ya que percibe que, en los escenarios más adversos del conflicto, como una escalada generalizada en Palestina o la extensión de la confrontación hacia Líbano, Egipto y Jordania, podría prevalecer su enfoque y, en una oportunidad de resarcirse del “síndrome de Madrid”, aparecer como actor relevante en el problema palestino.

Cuanto más se prolonguen en el tiempo las hostilidades en la Franja palestina, más alto es el riesgo de que la guerra entre Israel y Hizbulá se abra paso

Hizbulá, más grande que el Estado libanés

Desde el 7-O y la ofensiva israelí en Gaza, el Líbano se ha convertido en el segundo frente más importante de la confrontación. La milicia chií Hizbulá ha lanzado desde el 8 de octubre cientos de proyectiles contra Israel para demostrar su apoyo a Hamas y distraer a las tropas israelíes en el flanco norte. Y ello ha sido respondido con bombardeos israelíes y escaramuzas en la frontera en lo que ya es el enfrentamiento más grave entre ambos desde la guerra de 2006. La violencia ha provocado que unos 200.000 civiles israelíes y libaneses hayan tenido que abandonar sus hogares a partes más o menos iguales a uno y otro lado de la línea de demarcación. Hizbulá, sin embargo, está ejerciendo una presión medida y es evidente que no quiere que el conflicto escale a una guerra abierta. Tampoco Irán, su principal financiador, proveedor y logista, aunque es claro que el Partido de Dios tiene un alto grado de autonomía en sus decisiones. Israel, por su parte, circunscribe mayormente sus respuestas a las áreas fronterizas del sur del *país de los cedros*. Pero cuanto más se prolonguen en el tiempo las hostilidades en la Franja palestina más alto es el riesgo de que la guerra entre Israel y Hizbulá se abra paso. Todos los análisis conducen a la conclusión de que un estallido bélico es cuestión de tiempo y que Israel lo abordará cuando crea tener controlado el frente de Gaza.

La milicia chií libanesa no es la misma de 2006. Sus capacidades militares han aumentado y ahora posee fuerzas especiales (la brigada Radwan), drones y misiles capaces de golpear Tel Aviv. Su rama política es hoy por hoy la más poderosa del país árabe y nada se mueve sin que ella lo apruebe. El Partido de Dios, en realidad, es más grande que el Estado, lo ha secuestrado y lo mantiene en una

parálisis sistémica que le beneficia, mientras los puestos de presidente y de jefe del Gobierno (por las leyes de reparto de poder entre comunidades religiosas, estos cargos se reservan respectivamente a cristianos y suníes) permanecen en funciones a la espera de que las negociaciones inclinen la balanza del lado de sus candidatos aliados. Pero Hizbulá no tiene prisa: reina en el caos y el bloqueo político. Paradójicamente, una cierta prudencia se ha impuesto entre sus líderes ante una escalada bélica, dado el precedente de la destrucción que sufrió el Líbano en la guerra de 2006. Israel ha amenazado varias veces desde el 7-O con llevar al *país de los cedros* “a la edad de piedra” –como ya ha hecho en Gaza– y dadas sus acciones presentes y pasadas no diferenciará entre Hizbulá y los libaneses como no lo ha hecho entre Hamas y los palestinos. El paso de combates de intensidad media a un estallido general sin duda acarreará un grave conflicto armado de consecuencias similares al que ya se vio a finales de los años 70 y 80 (Parkinson, 2023), tras la invasión de Israel y su entrada en la guerra civil del Líbano. Hasta su retirada en el año 2000, el ejército israelí permaneció ocupando el sur del Líbano.

Un peligroso hito en el actual enfrentamiento fue el asesinato selectivo del número dos del buró político de Hamas Saleh al Arouri, en Beirut, el 2 de enero de 2024. Una prueba de que Israel sí está dispuesto a forzar las reglas del juego y tiene sus misiles listos para apuntar a la capital libanesa de nuevo. Este hecho estuvo a punto de disparar un conflicto a cara descubierta y muestra que el acicate para iniciarlo puede venir más probablemente de la mano de país hebreo (Barnes-Dacey, Bianco, Lovatt, 2024). Dentro de Israel hay cada vez más voces que reclaman una campaña militar como la acción necesaria para asegurar su flanco norte y permitir el regreso de los casi 100.000 israelíes evacuados, empujar a Hizbulá Líbano adentro y degradar sus capacidades.

Estados Unidos –con Reino Unido y Francia en la misma dirección– ha puesto en marcha una intensa ofensiva diplomática para evitar la desestabilización de este frente. Y hay indicativos de que incluso apoya la intención de Israel de acometer un cambio en el *statu quo* fronterizo (Schenker, 2024), aunque más a través de negociaciones y no tanto por medio de la fuerza militar. En las conversaciones diplomáticas, el centro del debate ha vuelto a la Línea Azul –la frontera entre el Líbano e Israel, en disputa desde 1948– y la resolución 1701 establecida en 2006 tras la guerra de los 33 días. Esto puede conllevar un movimiento en el mapa pensando en el largo plazo que implique crear una zona tapón y evacuar población libanesa de la frontera. Esta posibilidad es un gran temor entre la población y los políticos del país mediterráneo. Israel, amparado por el conflicto en Gaza, tiene incentivos para intentar cambiar el *statu quo* también en el Líbano y esa podría ser una de las consecuencias de la actual confrontación.

*La demarcación
fronteriza entre el
Líbano e Israel es
en realidad una
“línea divisoria” y
técnicamente no
es una frontera
internacional
reconocida.*

*Ambas naciones
nunca han
firmado un
tratado de paz*

La demarcación fronteriza entre el Líbano e Israel es en realidad una “línea divisoria” y técnicamente no es una frontera internacional reconocida. Representa una raya de separación establecida por las Naciones Unidas, la cual ambos países implicados nunca han acordado como su límite fronterizo oficial. Esta delimitación es más bien una delineación *de facto* que sigue la demarcación establecida por Francia y Gran Bretaña en los Acuerdos de Sykes-Picot de 1916. La línea divisoria mencionada fue formalizada como Línea Verde en 1949, resultado del armisticio entre el Líbano e Israel después de la guerra de 1948 que siguió a la creación del Estado de Israel. Sin embargo, a lo largo de las décadas posteriores, especialmente tras la invasión israelí del sur del Líbano en 1978, esta línea se vio difuminada. Posteriormente, en el año 2000, la ONU la reconoció como Línea Azul cuando Israel retiró sus fuerzas de ocupación del Líbano. A pesar de estos movimientos, ambas naciones nunca han firmado un tratado de paz y se encuentran “técnicamente en guerra” desde entonces. En agosto de 2006, la Resolución 1701 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas volvió a poner en relieve esta línea divisoria como parte de un acuerdo que puso fin a la guerra entre la milicia chií libanesa Hizbulá y el ejército israelí en ese verano. Esta resolución amplió el mandato de la Fuerza Interina de las Naciones Unidas en el Líbano (FINUL), la cual patrulla la Línea Azul desde 1978, para supervisar un alto el fuego entre ambas partes y facilitar el despliegue del ejército libanés al sur del río Litani (a unos 30 kilómetros de la frontera), una zona mayormente controlada por Hizbulá y otra milicia chií aliada, Amal.

En el actual contexto de escalada de tensiones y enfrentamientos de intensidad media entre las unidades armadas del Partido de Dios y las fuerzas israelíes en la frontera sur del Líbano, se ha renovado el interés por la Resolución 1701 y el área del sur del Líbano, lo que plantea importantes desafíos para la seguridad y la estabilidad regional. La ONU defiende que la 1701 es aún válida porque, aunque está siendo sometida a tensión, contiene menciones a los principales problemas (la seguridad, la estabilidad, el apoyo al ejército libanés y el camino hacia una solución a largo plazo) quedando contemplados sobre el papel (Meneses, 2024c). Israel presiona para que el grupo armado Hizbulá se retire de una franja de 30 kilómetros al norte de la linde para dejar paso a una zona libre de armamento y de sus efectivos y se aplique la 1701 desplegando al ejército libanés en su lugar, junto a una FINUL reforzada. Los diplomáticos tratan por medio de negociaciones rebajar el límite a los siete kilómetros. Esto puede implicar cambios en la Línea Azul –existen numerosos puntos en disputa, entre los que destaca la situación de la localidad dividida de Ghajar– de cara a un acuerdo fronterizo definitivo como el que se forjó con la mediación de EEUU en 2022 para las fronteras marítimas entre ambos países. La gran cuestión es si todo ello implicará tam-

bién movimientos de población en territorio libanés, como parece que es la intención. Ante todo, para negociar de una vez por todas sobre las fronteras tiene que acordarse previamente un alto el fuego tanto en Gaza como en el sur del Líbano. Un arreglo definitivo sobre la frontera contribuiría a evitar tensiones futuras, siempre que ambas partes así lo acuerden.

Del Éufrates al Mar Rojo

La Siria de Bashar al-Ásad no se ha significado de forma clara sobre el conflicto en Gaza. Sin embargo, Siria lleva años siendo teatro de operaciones de la guerra en la sombra entre Israel e Irán, y en este ciclo de confrontación en la Franja palestina este extremo se ha intensificado, como se desprende del ataque contra el consulado iraní en Damasco del pasado 1 de abril y de los bombardeos israelíes en los meses previos contra los aeropuertos de Damasco y Aleppo. La debilidad del Estado sirio –sumido en una guerra civil desde 2011– y la presencia tanto de la Guardia Revolucionaria iraní como de Hizbulá –aliados de Asad– han arrastrado a Damasco a las dinámicas de confrontación actuales con Israel que pueden atrapar al país árabe en una espiral de guerra regional si esta se desata.

Situación parecida se plantea en Irak, por su parte escenario del enfrentamiento entre Irán y Estados Unidos por el dominio del país desde la caída de Sadam Husein en 2003. Un momento de máxima tensión en este choque fue el asesinato selectivo por drones estadounidenses del comandante Qasem Soleimani –jefe de la Fuerza Al Quds iraní– en Bagdad en 2020. En Irak se alzan los lugares santos más importantes para el islam chií, su geografía es la cuna de esta doctrina y por ello tiene un gran valor político y estratégico para Teherán, que ha utilizado el auge de esta comunidad tras el derrocamiento de la dictadura baazista que oprimió a chiíes y kurdos para afianzar su influencia en el territorio. El Gobierno iraquí ha intentado navegar en los últimos años en un complicado equilibrio entre la presencia militar de EEUU y la influencia iraní –también militar y política– que ahora, en el contexto de cambio del paradigma regional que está suponiendo el conflicto en Gaza, está saltando por los aires. Un signo es la presión redoblada para que el primer ministro, Mohammed Shia al Sudani, negocie la salida o al menos la reducción de las tropas occidentales en el país. La actual misión militar de EEUU y los aliados obedece a prestar ayuda al país árabe para luchar contra el Estado Islámico, que hace una década declaró en Mosul su *Califato* y amenazaba con conquistar Bagdad. Ya derrotado el grupo yihadista, actualmente unos 2.500 soldados estadounidenses permanecen en Irak y las negociaciones para su retirada se intensificaron el pasado



Egipto, que tiene frontera con Gaza, es el vecino más directamente afectado por la devastación y la catástrofe humanitaria que han causado en la Franja palestina los bombardeos israelíes

enero. Con los bombardeos israelíes en Gaza de fondo, las tropas de Washington desplegadas en Irak han sufrido ataques de las milicias chiíes iraquíes adheridas al *Eje de la Resistencia* iraní, lo que abona el riesgo de volatilidad en esta cartografía.

La onda expansiva de Gaza ha alcanzado el confín de la Península Arábiga. El castigado Yemen se ha convertido en un frente inesperado del conflicto con el resurgimiento de los rebeldes huzíes, que han atacado desde noviembre de 2023 a decenas de buques mercantes en el estratégico estrecho de Bab al Mandab y el Mar Rojo. Por estas aguas pasa el 40% del tráfico de contenedores del mundo y las navieras más importantes han tenido que desviar sus flotas. Estados Unidos lidera desde diciembre una misión marítima para asegurar el comercio que ha logrado degradar la capacidad disruptiva de los huzíes en el Mar Rojo, aunque no ha detenido por completo sus ataques. De nuevo, la convulsión en esta zona obedece a una táctica de presión multifrente de las milicias alineadas con Irán, en teoría para forzar un alto el fuego en Gaza. Pero los huzíes tienen también vocación de convertirse en un actor regional decisivo y con estas acciones han buscado obtener réditos políticos y económicos en el futuro de Yemen, que debe resolver su guerra civil, en la que están implicados Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, por un lado, e Irán, por otro. Desde hace una década, Yemen ha sido la cartografía en la que se han enfrentado de forma directa ambos bandos y el actual resurgimiento de los huzíes ha venido a recordar que urge una solución definitiva del conflicto yemení sin la que el Mundo Árabe no disfrutará de estabilidad. Los focos de tensión en Oriente Próximo muchas veces están conectados.

La crisis en el Mar Rojo ha alcanzado a Egipto, que ha visto cómo el impacto se ha trasladado también al Canal de Suez, la ruta imprescindible entre el Mediterráneo y Asia. Este paso es la tercera fuente de ingresos más importante para el *país de los faraones*, que lleva más de una década sumido en una profunda crisis económica. Egipto, que tiene frontera con Gaza, es el vecino más directamente afectado por la devastación y la catástrofe humanitaria que han causado en la Franja palestina los bombardeos israelíes. Desde el inicio de su ofensiva, se filtraron los planes de Israel para expulsar a los 2,3 millones de habitantes de Gaza hacia el Sinaí. En abril, cuando se rumoreaba la inminencia de una operación contra Rafah –la ciudad palestina más importante justo al otro lado de la frontera egipcia y donde se han apiñado los habitantes expulsados del norte de la Franja por la ofensiva israelí– la sombra de un flujo de refugiados masivo hacia Egipto volvía a cernirse sobre el gobierno de Abdel Fatah al Sisi, que rechaza la expulsión o el traslado siquiera temporal de la población palestina hacia su territorio. El régimen egipcio ha sido muy cuestionado por no abrir los pasos fronterizos a la ayuda huma-

nitaria y plegarse a las exigencias de Israel y su bloqueo a Gaza desde 2007. La cuestión de abrir la frontera con la Franja y el destino de los civiles acosados por el hambre, las enfermedades y las bombas constituyen focos de tensión interna para Al Sisi que – pese a haber presentado las elecciones de diciembre de 2023 como un plebiscito para rechazar la “guerra inhumana” en la vecina Gaza (ganó con el 89,6% de los votos)– puede ver cómo se disparan las protestas de una sociedad egipcia descontenta con su clase política y con graves dificultades económicas.

También con máxima atención mira Jordania el sino dramático de los palestinos en Gaza y el riesgo de escalada en Cisjordania, donde la violencia del ejército israelí y de las milicias de colonos armados vive un preocupante incremento desde octubre. Esta situación es vista por el reino hachemí como una amenaza a su estabilidad que cuestiona incluso el tratado de paz firmado con Israel en 1994 (Amirah Fernández, 2023). El país acoge a la comunidad más numerosa de refugiados palestinos de todo Oriente Próximo y una repetición del éxodo forzado de 1948 y 1967 supondría una onda sísmica de efectos todavía desconocidos para el país. Es una línea roja que Jordania ya ha advertido que sería una “declaración de guerra”. Por eso los mensajes tanto del rey Abdalá y de la reina Rania (de origen palestino, por cierto), como de los responsables políticos del país han sido los más dramáticos y los más activos en favor de un cese de hostilidades. La monarquía se tambalea a medida que la guerra en Gaza sigue su curso y se ve atrapada en sus alianzas contradictorias. Una prueba de fuego fue sin duda el 13 de abril de este 2024, cuando Jordania ayudó a Israel a defenderse del contraataque de Irán y abatió los drones iraníes que cruzaron su espacio aéreo. La decisión afrontó duras críticas internas, ya encendidas desde octubre. La incertidumbre crece a medida que los focos de conflicto se extienden y Jordania se ve cada vez más incapaz de frenar los planes de Israel de arrasarse Gaza.

La reaparición del terrorismo yihadista

A nivel global, el yihadismo que personifican grupos como Al Qaeda y Estado Islámico (Daesh, en sus siglas en árabe; IS en su acrónimo en inglés) está viviendo una reverberación en 2024, al calor del contexto de la guerra de Gaza. En los últimos meses, los mensajes de estas organizaciones terroristas han revalorizado prioridades ya exploradas como la causa palestina y la lucha contra el sionismo y sus aliados. Mientras el actual conflicto en la Franja palestina no se estabilice, los grupos yihadistas explotarán esta retórica para captar adeptos y revalidar sus amenazas, con el riesgo de aumentar los

El yihadismo global ha intentado capitalizar los ataques del 7 de octubre perpetrados por Hamas, pese a su histórica rivalidad, utilizando la causa palestina para sus fines

atentados en Europa y Estados Unidos hasta niveles no vistos desde 2015. Así lo demostraron los atentados en Moscú del 22 de marzo de 2024, con 144 muertos, y en Kerman (Irán) el 3 de enero, con casi un centenar de víctimas. Ambos fueron reivindicados por Estado Islámico del Gran Jorasán (Daesh-K), una organización erigida como rama del Daesh que opera principalmente en Afganistán, Pakistán, Rusia e Irán.

A pesar de las grandes derrotas infligidas a Al Qaeda y al Estado Islámico, ambas nebulosas han demostrado su capacidad para adaptarse a la nueva realidad descentralizando sus estructuras de comando. Tras más de cinco años de declive en su actividad terrorista, el IS empezó 2024 anunciando una nueva campaña militar de apoyo a Gaza que se inició con la masacre de Kerman, durante la ceremonia de recuerdo al líder de la Fuerza Al Quds Qasem Soleimani, liquidado por EEUU en 2020. Esta era parte del esfuerzo del IS de descarrilar el proyecto expansionista iraní en Oriente Próximo personificado en su *Eje de la Resistencia*. El terror prosiguió con la matanza en la discoteca *Crocus* de Moscú y con la amenaza de atentar contra los estadios de fútbol durante los partidos de la Liga de Campeones europea en la primavera de este año. Sin embargo, el nuevo califa de Daesh, Abu Hafis al Hashimi al Quraishi –el quinto desde la proclamación en 2014 de Abu Bakr al Baghdadi, muerto en 2019 en una incursión de fuerzas estadounidenses en Siria– ha preferido mantener un bajo perfil desde que ascendió al *trono* en agosto de 2023. Su discurso inaugural no ha sido difundido al cierre de la edición de este artículo y puede que aún tarde meses, según reconoce la propia organización en sus medios afines, lo que se interpreta como debilidad estructural. Al Qaeda también ha quedado algo huérfana desde la eliminación de su líder, Ayman al Zawahiri, en julio de 2022, en un bombardeo estadounidense en Kabul. Al Qaeda ni ha reconocido su muerte ni ha nombrado sucesor, descabezada y erradicada de su bastión afgano, la organización terrorista mantiene actividad en Somalia, el Sahel y Yemen. Se especula con que Sayf al Adl será anunciado este 2024 como heredero de Zawahiri (Kerman *et al*, 2024).

En esta panorámica general, el yihadismo global ha intentado capitalizar los ataques del 7 de octubre perpetrados por Hamas, pese a su histórica rivalidad, utilizando la causa palestina para sus fines. Con ello esperan atraer *lobos solitarios* capaces de perpetrar atentados en Occidente. Para este fin, Al Qaeda en la Península Arábiga (AQAP), la rama implantada en Yemen, relanzó recientemente en vídeo su revista en inglés –*Inspire*– tras una ausencia de varios años. En lo que llama “yihad de fuentes abiertas” incita a simpatizantes a llevar a cabo ataques en EEUU, Reino Unido, Francia y otros países como respuesta a la ofensiva israelí en Gaza a través de una bomba “de factura simple hecha con materiales de cocina”. Todo ello ha puesto a los

gobiernos europeos en guardia y países como Francia o España han estrechado su seguridad. El punto fuerte del salafismo violento es el “yihadismo de atmósfera” (Kepel, 2021), en el que juegan un papel primordial las redes sociales. Las plataformas *online* crean una situación, una atmósfera, un ambiente donde se pone el foco en un enemigo (recordemos el asesinato del profesor Samuel Paty en Francia) y luego personas no necesariamente afiliadas oficialmente a una organización o red, pero socializadas en este contexto, viajan del mundo digital al mundo real para matar. Daesh ya llegó a Europa a mediados de la década pasada: Bruselas, París, Berlín, Barcelona, Manchester... Pero hoy por hoy no hace falta una organización detrás, sino una atmósfera de odio y resentimiento e individuos radicalizados. No son estrictamente *lobos solitarios* que han sido entrenados y preparados sino individuos que han sido socializados intelectualmente en las redes y ven el mundo a través de los ojos del salafismo. Para matar, convertirse en *mártires* según su terminología, necesitan una ideología, un lavado de cerebro, y las redes proporcionan el medio adecuado.

Volviendo al terreno de lo real, es en el Sahel donde el yihadismo campa a sus anchas beneficiándose de la debilidad de los Estados, de las rutas de los tráficos ilícitos y de la retirada de Francia y de la misión de la ONU de Mali, Níger y Burkina Faso –tras sendos golpes de Estado–, así como del ascenso de la influencia de Rusia y sus grupos paramilitares. En esta región relegada de la geopolítica internacional, Daesh y Al Qaeda libran una lucha intestina por prevalecer sobre el territorio, los recursos y el acceso a la población local –fuentes de ingresos y de carne de cañón– desde febrero de 2020. Todos los estudios de prospectiva consideran que habrá en la faja saheliana un crecimiento de los ataques suicidas, debido al aumento de la actividad de las franquicias locales de Al Qaeda y del IS. La Unión Europea, que está retirando sus misiones en la región africana arrastrada por el fracaso y el repudio local a las tropas francesas, no debería descuidar este flanco. Francia ha establecido en Costa de Marfil una nueva base para sus tropas expulsadas del Sahel, donde a partir del punto logístico que ya funcionaba para Mali está construyendo un centro de monitorización antiterrorista de África Occidental, pero probablemente esta iniciativa seguirá siendo insuficiente para frenar la creciente ola de violencia en toda la subregión que se desarrolla mientras la comunidad internacional está sólo enfocada en los conflictos de Ucrania y Gaza (The Soufan Center, 2023). El Sahel va camino de convertirse en el siguiente estallido que las potencias mundiales tengan que abordar en los próximos meses.

Tampoco hay que desestimar el oscuro potencial que sigue teniendo el grupo terrorista somalí Al Shabab, afiliado a la red fundada por Osama bin Laden y que continuará escalando sus acciones violentas.

Aunque la organización está confinada al Cuerno de África e ideológicamente no parece tener voluntad de explotar el conflicto en Gaza, no hay que perder de vista su incitación a atacar objetivos de Estados Unidos en una zona estratégica global. El ejemplo de los huzíes, que han desestabilizado con sus ataques el comercio mundial en el Mar Rojo, puede servir de inspiración en la otra orilla. En medio del caos y la inestabilidad del Sahel y Somalia, las franquicias de la yihad global pueden convertir estos territorios en sus caladeros. En el pasado ya se vio, en las guerras de Siria e Irak de la pasada década (para la que el IS reclutó a miles de hombres y mujeres en los países del norte de África) y, más lejos en el tiempo, en el conflicto de Afganistán en los años 80, que las movilizaciones desde las canteras de radicalización a los epicentros bélicos pueden tener efectos desestabilizadores y violentos de ida y vuelta tanto en los países emisores como en destino.

Si la brutalidad sigue siendo el lenguaje, si no se impone un alto el fuego y una hoja de ruta para la Franja de Gaza y para Palestina, si perdura el abandono de la comunidad internacional a los palestinos y se les siguen negando sus derechos a la dignidad y la justicia para imponer el dominio de Israel y la ocupación de la tierra por la fuerza bruta, se sembrarán las semillas para conflictos futuros. La actual guerra de Gaza –con las espeluznantes imágenes de muerte y devastación que vemos cada día– puede ser utilizada como un *efecto llamada* al servicio de organizaciones radicales y de regímenes autócratas con efectos imprevisibles, al tiempo que los conflictos en Oriente Próximo experimentan una escalada general interconectada.

Referencias bibliográficas

Álvarez-Ossorio, Ignacio; Hernández, David; Rodríguez, Leticia (2024): “El impacto de la guerra de Gaza en Oriente Medio: Riesgos geopolíticos y escenarios de futuro”. *Fundación Alternativas*, Documento de Trabajo, Opex. Marzo.

Amirah Fernández, Haizam (2023): “Jordania ve en las acciones de Israel en Gaza y Cisjordania una amenaza existencial”. *Real Instituto Elcano*. 23 de noviembre. Disponible en: <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/jordania-ve-en-las-acciones-de-israel-en-gaza-y-cisjordania-una-amenaza-existencial/>

Arab Center for Research and Policy Studies (2024): *Arab Public Opinion About the Israeli War in Gaza*. 10 January. Disponible en: <https://www.dohainstitute.org/en/News/Pages/arab-public-opinion-about-the-israeli-war-on-gaza.aspx>

Barnes-Dacey, Julien; Bianco, Cinzia; Lovatt, Hugh (2024): “The Gaza Crisis: Mapping The Middle East’s Shifting Battle Lines”. *European Council on Foreign Relations*. March. Disponible en: <https://ecfr.eu/special/the-gaza-crisis-mapping-the-middle-east-shifting-battle-lines/>

EIDoh, Mohamed (2023): “Iran: The Real Beneficiary of The Gaza Conflict”. *Geopolitical Monitor*. December 13.

Halliday, Fred (2006): *100 mitos sobre Oriente Próximo*. Global Rythm Press, Barcelona.

Jalabi, Raya; England, Andrew; Cornish, Chloe (2024): "Arab actions muddy regional dynamics". *Financial Times*, 16 April.

Kepel, Gilles (2021): *El profeta y la pandemia. De Oriente Medio al Yihadismo de Atmósfera*. Alianza Editorial. Barcelona.

Kerman, Y.; Emile, Z.; Choukry, K.; Schierer, M. (2024): "Jihadi Trends: What Is On The Horizon In 2024?". Jihad and Terrorism Threat Monitor. *Middle East Media Research Institute* (MEMRI). Disponible en: <https://www.memri.org/jttm/jihadi-trends-what-horizon-2024>

Khalidi, Rashid (2022): *Palestina. Cien años de colonialismo y resistencia*. Capitán Swing. Madrid

Khalidi, Rashid (2024): "A new Abyss: Gaza and the hundred years' war on Palestine". *The Guardian*, 11 April.

Lazzarini, Philippe (2024): Post en la red X desde su cuenta @UNLazzarini. 12 de marzo. Disponible en: <https://twitter.com/UNLazzarini/status/1767618985397272831>

Meneses, Rosa (2024a): "Irán inaugura una nueva doctrina de seguridad en Oriente Próximo". *El Mundo*, 19 de abril. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2024/04/18/6621452ee4d4d88c5e8b4583.html>

Meneses, Rosa (2024b): "Irán arrastra en Gaza el síndrome de Madrid". *El Mundo*, 29 de febrero. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2024/02/29/65d-f7b80e9cf4a09098b4588.html>

Meneses, Rosa (2024c): "La Línea Azul, tablero de guerra entre Israel y el Líbano". *El Mundo*, 31 de enero. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2024/01/31/65b7c8d3e9cf4a1d678b45ad.html>

Parkinson, Sarah E. (2023): "The Ghosts of Lebanon". *Foreign Affairs*. November 14. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/israel/ghosts-lebanon>

Schenker, David (2024): "Changing the Israel-Lebanon Status Quo: U.S. Options". *Policy Analysis*. The Washington Institute for Near East Policy. April 1. Disponible en: <https://www.washingtoninstitute.org/pdf/view/18694/en>

The Soufan Center (2023): "The Sahel Continues to Burn as the World Focuses Elsewhere". *IntelBrief*. December 13. Disponible en: <https://thesoufancenter.org/intel-brief-2023-december-13/>

